

Los católicos y la izquierda



DURANTE siglos, y especialmente en los siglos XIX y XX, los católicos españoles o han sido absentistas o han militado en partidos de la derecha que, casi siempre, tomaron como suya la bandera del clericalismo.

Hoy las cosas han cambiado mucho. El impacto que el Concilio Vaticano II produjo en los católicos españoles fue decisivo para producir un cambio de 180° en la postura de los ciudadanos católicos que profesaban aquella fe que ha sido tradicional en nuestro suelo, pero que ahora quieren abrirse a nuevas posturas más abiertas política y socialmente.

Por eso militan hoy clérigos y seglares en los más diversos partidos de izquierda, y no pocos se presentan como candidatos al Senado o al Congreso.

Novedad impensable hace bien pocos años, puesto que en una situación tan propicia para ello como fue la de la Segunda República, era muy raro ver un católico prominente que se declarase de izquierdas, y, desde luego, miraban los católicos de a pie con muy malos ojos a aquellos pocos sacerdotes que estuvieron en nuestro Parlamento republicano en el período de 1931 a 1936.

Ahora esta situación está pasando a la Historia, aunque sigue una latente polémica sobre la posible y deseable presencia del clero en las Cortes democráticas que vamos a intentar tener los españoles, ya que no sabemos todavía hasta qué punto lo serán.

Pero no es lo principal el problema del clero, sino el del seglar. Y ése es el que ahora debemos plantearnos.

Hasta estos últimos años, un católico español, por lo general, identificaba, como he señalado antes, su creencia religiosa con los partidos conservadores. Hasta los liberales —que también seguían siendo conservadores, aunque algo menos que sus contradictores políticos de entonces— eran mirados con recelo por la jerarquía eclesiástica, y transmitían este temor a los ingenuos fieles que estábamos dispuestos demasiado sumisamente a seguir las consignas de nuestros retrógrados obispos.

Desde hace bien poco tiempo —esto comenzó al final del franquismo, en la clandestinidad—, el signo cambió. Aunque sigue un gran porcentaje de creyentes inclinándose a la derecha (sea la aparente así llamada por este nombre, o la real, pero que se camufla con el nombre de Centro), pero no todos, ni los más conocidos muchas veces, militan ya a la derecha. Y estos católicos en número

creciente cubren ya todo el abanico de la izquierda. Desde los socialdemócratas de orientación más o menos socialista, pasando por los auténticos socialistas, hasta llegar a los marxistas y aun a los leninistas (sean o no maoístas), o incluso a determinadas corrientes minoritarias anarco-personalistas, inspiradas en algunos católicos renovadores de nuestro país y en el pensador francés Mounier.

Sin embargo, nuestros obispos no parecen haberse percatado bien de estos hechos, y siguen con esquemas de otros tiempos para valorar la situación española. Porque en cuanto se mienta la palabra "marxismo" se muestran escandalizados —y lo hacen ver así públicamente— de que un católico milite en un partido inspirado en esta corriente de pensamiento social. Y la razón que esgrimen es su "ateísmo" o, más frecuentemente, su "materialismo".

Una gran confusión se produce por ello en el seno de los ciudadanos sencillos que conservan la fe, o al menos grandes retazos de la moral que aprendieron del catolicismo. Las palabras "ateísmo" y "materialismo" son los nombres mágicos que producen una reacción contraria a su pensamiento, enmarcado en esa ética aprendida desde niños en nuestro colegio privado o nuestra escuela pública, y dominados como estaban por el catolicismo hispano, que todo el mundo llama ahora "nacional-catolicismo", y cuyas raíces inconscientes perduran todavía en las escondidas entrañas del inconsciente colectivo de muchos españoles corrientes.

Yo me he planteado —en escritos y conferencias— frecuentemente este tema, y he procurado desvelar esta falacia que se encierra en la aireada contradicción entre cristianismo y partidos de izquierda, y que nuestros obispos, en su reciente Declaración a propósito de las elecciones del 1 de marzo, no han sabido inconscientemente superar, o no han querido conscientemente hacerlo, ya que ambos casos habrá entre ellos.

Nosotros, los occidentales, llamamos "materialismo" a una cosa muy distinta a aquella que significa esta palabra entre muchos pensadores marxistas. Para la mentalidad de Occidente, materialismo es: miras groseras y a ras de tierra, móviles egocéntricos de carácter hedonista y olvido de toda ética o valor superior de carácter humano-cultural. Pero eso no es lo mismo que afirman, y afirmaron, muchos marxistas. Ni siquiera cuando manejan éstos la palabra "economía" tiene la misma resonancia pura-

mente dineraria que produce en nuestra cultura occidental, impregnada de liberalismo económico con su competencia inhumana, sus móviles crematísticos únicamente y su amoralidad en las relaciones de ganancia en los intercambios de bienes.

Para el marxismo, "materialismo" es lo mismo que "realidad objetiva", o que encarnación del espíritu en las cosas cotidianas, o que base vital necesaria para el desarrollo de los valores espirituales del hombre.

Un famoso marxista vienés, el pensador Max Adler, que fue uno de los representantes más calificados del austro-marxismo, dice textualmente: "Si las relaciones económicas no son más que relaciones humanas, entonces dichas relaciones son esencialmente espirituales, porque implican una actividad que es consciente del fin que se propone". Y por eso concluye asegurando: "Las fuerzas productivas son fuerzas espirituales".

Del mismo modo podríamos sacar aquí a relucir —y en otra ocasión lo haré con detalle— textos de Kaustsky o de Dietzgen, o de otros pensadores estrictamente contemporáneos, que todavía viven entre nosotros, como el polaco Kolakowski, o profesores como Adam Schaff. Y nada digamos de los psicólogos soviéticos, como Smirnov o Platonov, que combaten la idea típicamente materialista occidental y burguesa, y no marxista, de que el alma es un producto del cerebro.

Sin duda, en el marxismo ha habido diferentes concepciones del mundo y del hombre, algunas de las cuales son incompatibles con las concepciones del Evangelio, en cuanto a ciertos valores espirituales de la vida, pero no todas lo han sido así. Y un católico que milita en un partido de izquierdas marxista no está obligado a aceptar una concepción más que otra, sino que en ellos por lo general se respeta la opción cristiana y no se impone, en la mayoría de ellos, un esquema que sea radicalmente incompatible con la vida del espíritu.

Por eso es natural ver hoy frecuentemente a católicos en los partidos de izquierda, que pueden vivir perfectamente en ellos su propia fe, sin traumas ni angustias que perjudiquen su creencia íntima. ■